



Separados



Ara González y Luáa
2º D C.S.O Toribio

¡¡Piiii!! Sonó el silbato que indicaba el inicio de mi trabajo. Eran las 12:00 de la noche. La luna te hacía sentir paz, pero aun así, uno sabía que los tiempos por Berlín no eran buenos. Y pensar que lo estábamos pasando tan mal. Solo de pensarlo hacia que me estremeciera. No debería haberme sentido así, era censor de cartas, nada bueno y era consciente de ello.

Me senté en mi silla, junto a mi gran y ordenada mesa. En la esquina, tenía mi usual montón de cartas para revisar. Cogí una, y con mi abrecartas la abrí. ¡Otra vez!, ¡Demonios, otra vez! Todos los días me encontraba con el mismo tipo de carta. Un folio en blanco. Siempre la escribía un tal Herr Lockler a una mujer, Ángela, según ponía. Siempre reflexionaba si censurarlo no. Desde que Berlín perdió el derecho de expresión libre, mi trabajo tuvo mucho éxito, pero también momentos de confusión, uno de esos momentos era entonces.

Decidí dejar el folio a un lado de mi mesa, y seguí con mi trabajo. Había abierto muchas cartas, y ninguna me había producido tanta inseguridad como aquella, me sentía como si estuviera dejando pasar algo muy importante. Pero como censurar algo que ni siquiera había escrito algo, censurar un folio en blanco.

Cuando iba a acabar mi turno de trabajo mire el folio detenidamente. Cuando sonó el pitido que indicaba el fin de mi jornada de trabajo, rápidamente pensé en qué hacer con la carta, la cogí, la metí en el sobre y la dejé en el montón de cartas permitidas. Y en ese momento, volví a sentirme culpable.

Andaba lentamente por las calles húmedas de Berlín hacia casa, con mi gabardina, paraguas y sombrero, tenía un estilo muy clásico. Pensaba en las noticias que me habían ocurrido hasta el momento; se canceló la libertad de expresión, se construyó el muro de Berlín... Eran tantas cosas que ni siquiera me entraban en la cabeza. Supongo que lo que me hacía falta era relajarme un poco.

Llegué a mi casa y saludé a mi mujer, tome un café y me metí en la cama. Me dormí a los pocos minutos.

Ya eran las 2 de la tarde, ese horario me dejaba agotado, y más a mí un hombre de 40 años, en aquel momento. Tras un rato de descanso, me acerque al muro de Berlín en mi coche, no se, no tendría nada que hacer. Me encontré allí con una señora de unos 50 años. Era bajita, con la melena marrón y ojos azules. Tenía una cara furiosa, daba paseos de un lado a otro.

Me quede mirándola fijamente, ella arqueó una ceja, y cuando le pregunté que la ocurría, ella cerro fuertemente los puños y dijo:

- Usted no me hable, estoy indignada. ¿Te parece bonito los que ha hecho por Berlín? ¿Qué leéis nuestras cartas como si fueran algo insignificante? ¡Son nuestras cartas, no vuestras! Como con el cine, ahora ni siquiera se puede ver una película, hablar por teléfono ni escribir cartas en paz. ¿Qué más nos vais a prohibir? – Hace una pausa y coge aire - ¿Qué va a ser lo próximo? ¿Hacernos elegir el pan que comprar? Así no se puede vivir, pareces una marioneta con ese uniforme que no significa nada en realidad, que vergüenza.



Me quedé pensando en qué decir.

- Señora, reconozco su valor al decir estas palabras, pero no hable, si no conoce lo que en realidad está pasando en Berlín, sus alrededores y su gente. Ahora, si me disculpa, me voy, tengo que trabajar. Y no quiero oír un palabra más, o sufrirás las consecuencias.

La mujer me miró con odio y solo dijo:

- Espero que maduren algún día.

Cogí mi coche y me dirigí a casa. Todo el mundo me decía que lo que hacía estaba mal. Pero, ¿Por qué? Yo no lo creía. Ya en casa, esperando tener paz, mi mujer me hizo sentarme en la cocina para hablar seriamente, refunfuñando, me senté en la silla de la cocina. Y me dispuse para escuchar:

- Hans, tu sabes que yo te respeto, al igual que respeto tu trabajo. Pero si te soy sincera, a veces pienso que no estás haciendo lo correcto. Sé que no tienes la culpa de todo esto, solo quieras trabajar pero...
- Pero ¡¿Qué?! – interrumpí – ¿No te das cuenta de que gracias a mi trabajo, tienes lujos que otras mujeres no pueden permitirse? Es de loco que me estés diciendo esto a estas alturas. No puedo dejar mi trabajo, si es lo que quieras.
- No, solo digo que deberías replantearlo. – Dice mi mujer con la cabeza baja.
- ¡¿Cómo que replanteármelo?! No hay nada que volver a pensar. Es mi trabajo y ya está.- Grité. Ella sollozó y tras unos minutos susurró:
- Lo siento Hans, tienes razón, yo no soy quien deba cuestionar tu trabajo.

Salí enfadado de la cocina, miré el reloj, las 10 de la noche, decidí dormir un rato antes de volver al trabajo.

Me levanté con millones de pensamientos en mi cabeza, la mayoría sobre mi mujer. No debería haberle gritado así, pero no lo podía evitar. Después de todo, estábamos en la parte este de Berlín y no se podía perder un censor más.

Sigo pensando mientras andaba hacia mi trabajo, la lluvia caía lentamente sobre mí.

Al llegar al trabajo, sonó el pitido, como de costumbre y me siento, rodeado de un montón de cartas. Entre ellas distingo el característico sobre marrón, si, la carta en blanco, la misteriosa carta. La abro y como siempre, está el folio en blanco, estaba indeciso, sobre qué hacer con ella. La mire a contraluz pero nada. De repente apareció mi ayudante con una taza de té en su mano. Era muy nervioso. Me empezó a contar las noticias del trabajo, era muy pesado, pero he de admitir que hacia su trabajo bien.

Casi al instante su taza de se te resbaló y el líquido cayó encima del folio en blanco. No me lo podía creer, justo cuando iba a despedirle, a decirle que no volviera, él se té fue separando, formando unas líneas, y a su vez letras. Mire incrédulo lo que ocurría. Echo a mi ayudante del despacho, me acomodé y observé. Era un texto y detrás un dibujo:



Querida Ángela:

21 de noviembre de 1961

Te echo de menos, llevamos ya bastante tiempo separados por este maldito muro. Pero confío en ti, en nuestro amor, y en nuestro plan. Tengo ganas de verte, pero por ahora me conformo con esto. Qué malo el día en que te mudaste a Berlín. Ahora estamos separados. Pero he de decir que estas cartas con limón son una gran idea. Ahora sigamos con el plan; como hablábamos el otro día, escalar el muro sería muy arriesgado, así que, lo que habíamos dicho de distraer a los guardias, es una buena idea. Hay que trabajarla. Hemos tenido suerte con el censor. No parece tener idea. Llevamos 79 cartas, un año y medio, y aquí seguimos. Nuestro plan para saltar el muro está yendo bien. Nada más que decirte, espero tu respuesta al plan, mi amor.

Tuyo:

Herr Lockerh.

¡¿Qué?! – Grité - ¿saltar el muro? ¿Cómo he sido tan estúpido?- Cogí mi gorro y gabardina habituales, y, sin haber ni censurado la carta, Salí corriendo a la comisaría. Doy mil vueltas a lo que ha ocurrido, estoy tenso, enfadado, tengo ganas de pegar una patada al mundo.

Ya en la comisaría, conté lo ocurrido. Todos en la comisaría asentían, me tenían miedo. No sé si por mi cargo o por ser yo. Pero ya hasta yo me daba miedo. Grité a mi mujer, a mi ayudante, a los comisarios, a todos... ¿Qué estoy haciendo? Todo esto lo pensaba en el coche que me había prestado la policía. Buscaba a Ángela.

Llegué a la calle y busqué la casa, ahí estaba, el número 18. Una pequeña casa en la zona más oscura de Berlín. En la ventana tenía macetas con flores, y un jardín bastante cuidado.

Llame, y una joven mujer me abrió, tenía el pelo lacio y largo, muy rubio. La nariz pequeña y respingona, unos profundos ojos azules, y su rosada boca daba gracia a su rostro. Era realmente bella... había abierto solo una rendija y una de sus manos se apoyaba sobre el marco de la puerta.

- ¿Quién es usted? – pregunto ella arqueando una ceja.
- ¿Es usted Ángela Yerck?
- Si, lo soy. ¿Qué ocurre?- se le notaba un tono de terror.
- Soy Hans Fitzgerald, censor de cartas alemanas, acabamos de coger su carta, han estado mintiendo...
- ¡Oh no! – interrumpió- pase, he de explicárselo.

La verdad, es que pasé. Me atrajo su rostro y sus ojos me lo rogaban. Su casa era agradable. De colores pastel y no muy grande. Me invito a un café. Lo rechace, he de mantener mi perfil.

- Muy bien, señorita Ángela, hemos captado sus cartas con el señores Herr Lockerh. Y con ello el texto que en él estaba escrito.
- Oh...¡No! Por favor no le hagan nada.

- Señorita, ya he mandado el encargo de encarcelamiento.

Con estas palabras me levanté y me acerqué a la puerta. Al abrir la puerta, la mujer, entre brillantes lágrimas se acercó y entre sollozos me dijo:

- El es un buen hombre, no se merece que...
- ¡Basta! Ya es suficiente, si han estado escribiendo cartas ilegales no es mi problema, mi único problema es que este hombre acabe en la encarcelado.

Cerré la puerta de un portazo, cortando mis palabras. Parecerá raro, pero sentía estar haciendo lo correcto. A mi nadie me toma el pelo.

Meses después, Herr estaba en la cárcel, aun le quedaban años. La vida en la cárcel es triste. Y también para los que les echan de menos, Ángela, en este caso. Porque ya no hay emoción al abrir el buzón, o al preparar el agua hirviendo para leer la carta. Para ella ahora todos los días son iguales. Tristes.